

Hemos escuchado muchas veces este pasaje de los Actos de los Apóstoles, que transmite la curación de un lisiado por parte de San Pedro.

Quiero detenerme con vosotros en la frase conclusiva que os he leído: **dando un salto se puso de pie y empezó a caminar y entró en el templo saltando y glorificando a Dios.**

Pues, es evidente que un hombre que no logra caminar, paralítico de nacimiento – como nos dice San Luca – viéndose sanado de su pérdida no puede hacer otra cosa que saltar, alabar y agradecer a Dios.

Es evidente.

A cada uno de nosotros, pienso, le vendría espontáneo, natural e inmediato hacer lo mismo; ¿cómo se puede no saltar y no alabar a Dios cuando se percibe en la propia humanidad la realización de un milagro?

¿La curación de algo que nos ha aplastado y condicionado toda la vida, que nos ha hecho imposible vivir una vida normal, libre, autónoma?

Por eso, el hándicap, la enfermedad, impiden expresarse de manera llena y total.

¿Cómo maravillarnos, entonces, de esta reacción?

¿Qué hay de extraordinario en esta reacción porque se le ponga en evidencia?

¿Cómo puede un hombre que recibe un milagro no alabar, no agradecer, no dar saltos de alegría?

Creo que los Actos de los Apóstoles y San Luca en particular quieren darnos **un criterio para averiguar en nuestra existencia si hemos encontrado verdaderamente a Jesús a través de su acción salvadora con respecto a nosotros.**

Podemos pensar en el **pecado como a una enfermedad similar a la del lisiado que nos impide caminar en el recto camino.**

El pecado es algo que nos obliga, nos hace desviar del objetivo hacia el cual estamos encauzados. A veces nos bloquea, a veces incluso nos hace volver atrás.

El pecado, por eso, es una realidad muy concreta, que todos nosotros experimentamos, y que limita nuestra acción.

Pues bien, Jesús nos dice que, a través del arrepentimiento, el bautismo, la reconciliación se nos libera del poder del pecado.

La curación del lisiado puede llegar entonces a ser una imagen simbólica de la curación de nuestra alma.

Queridísimos, si nosotros experimentáramos ser librados del hándicap del pecado, si experimentáramos que finalmente nos podemos mover libremente hacia nuestro objetivo, que no estamos alejados más, que no regresamos pecando, que no desviamos ni a la derecha ni a la

izquierda, ¿cómo no tendríamos dar saltos de alegría?

El que ha percibido haber sido librado, sanado y otra vez sanado, el que experimenta en sí mismo la capacidad de caminar en la vida nueva, no puede hacer lo contrario de lo que hizo el lisiado: andar en el templo saltando, alabando y glorificando a Dios.

Es lo que hacemos nosotros en nuestros encuentros de oración, lo que buscamos hacer durante la Eucaristía...

Por lo tanto, cuando alguien nos dice que no logra saltar, alabar y alegrarse a lo mejor es porque todavía no ha tomado conciencia, de lo contrario no ha hecho experiencia de la salvación del Señor.

Pero, si, al contrario, no hemos experimentado la salvación y todavía no somos capaces de vivir de esta manera, en tal caso **esforcémonos para hacerlo**.

Glorifiquemos a Dios a través de la alegría, el canto, a través de esa manifestación exterior de gratitud hacia El.

¡Saltemos y alabemos, queridísimos hermanos!

Levantémonos, caminemos y alegrémonos, porque fuimos librados.

¡Aleluya!

Alabado sea Jesús Salvador.

Bailemos y cantemos a él, hagamos fiesta porque *este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir* (cfr. Lc 15,24), cantemos con alegría, hagamos fiesta porque estábamos muertos y hemos vuelto a vivir.

Alabado sea Jesús Salvador